

hizo fortuna en el establecimiento y que se le conserva todavía. Cuando un alumno había asistido por algún tiempo á mi clase nocturna, recibía un certificado impreso, concebido en estos términos: «El infrascrito, certifica que James Smith formó parte de la «clase de los bravos» y que es un alumno bueno y asiduo.»

Los alumnos apreciaban mucho estos certificados que contribuyeron poderosamente á la popularidad de las clases nocturnas. En el espacio de algunas semanas, el número de asistentes había ascendido á veinticinco. Hay, entre ellos, algunos á quienes nunca más he perdido de vista y que ocupan posiciones honrosas y útiles en diferentes partes del Sud. Esta clase nocturna de Hampton, que comenzó con doce discípulos apenas, cuenta hoy de trescientos á cuatrocientos alumnos, y se ha convertido en una de las ramas principales de aquella institución.

CAPÍTULO VII.—MIS COMIENZOS EN TUSKEGEE. ❧

Aunque encargado de los indios y de la clase nocturna en Hampton, continuaba mis estudios bajo la dirección de profesores especiales. Uno de estos profesores era el doctor H. B. Frissel, director actual del Instituto de Hampton y sucesor del general Armstrong.

En mayo del 1881, á fines de mi primer año de enseñanza en la clase nocturna, se me presentó inesperadamente la ocasión de emprender resueltamente mi verdadera profesión. Una tarde, en la capilla, después del servicio acostumbrado, el general Armstrong habló de una carta que le habían mandado de Alabama, suplicándole que buscara una persona idónea para encargarse de la dirección de una escuela normal de negros, que se pretendía fundar en la pequeña villa de Tuskegee, en el Estado del mismo nombre. Creíase que sólo un blanco podría reunir las necesarias condiciones. El general Armstrong me llamó á parte y, con asombro mío, me preguntó si me sentía con fuerzas para aceptar aquella dirección. Respondíle que estaba dispuesto á probarlo. Entonces escribió á los interesados, diciéndoles que no conocía ningún blanco que reuniera las condiciones requeridas; pero, que podía recomendarles un negro, si el color no había de ser obstáculo, y, á continuación, da-

ba mi nombre. Pasaron algunos días y la respuesta no vino. Finalmente un domingo por la noche, el general recibió un telegrama, concebido en estos términos: «Booker Washington nos conviene. Enviélo.» Maestros y discípulos de Hampton me manifestaron su alegría y me felicitaron.

En seguida comencé los preparativos para trasladarme á Tuskegee. Hice el viaje pasando por la Virginia del Oeste, para poder hacer una visita á los míos. Tuskegee era una villa de dos mil habitantes, de los cuales la mitad pertenecían á la raza negra. Esta villa estaba enclavada en la llamada «Black Belt» (cintura negra) del Sud. Por allí los negros eran más numerosos que los blancos; la proporción era de uno á tres y en los alrededores de uno á seis.

Muchas veces se me ha pedido que definiera el nombre de «Black Belt.» Yo creo que este término debió emplearse en los comienzos para designar una porción del país, cuyo suelo era negro. En aquella región donde el suelo era graso, negro y muy fértil, se necesitaban muchos esclavos y por consiguiente, los enviaban allí en gran número. Más tarde, y principalmente después de la guerra, se dió al término un alcance exclusivamente político, designándose con él los Estados en que los negros están en mayoría.

Al trasladarme á Tuskegee, yo esperaba encontrarme con una escuela bien instalada y provista de un material de enseñanza completo. ¡Cuál no sería mi decepción al ver que me había equivocado por completo! Pero, en cambio, encontré centenares de negros ardiendo en deseos de instruirse.

Tuskegee era un sitio ideal para fundar una escuela. Esta villa está en el corazón de la enorme masa negra, á cinco millas de la línea férrea, y puesta en re-

lación con ella por una vía estrecha de interés local. En tiempos de la esclavitud, esta villa era el centro de educación para los blancos. Por consiguiente, me encontré con un nivel intelectual, entre los blancos, mucho más elevado que en otras partes. Es verdad que los negros eran ignorantes, pero no habían caído en la abyección y el vicio, como suele acontecer con las clases bajas de las grandes ciudades. Por otra parte, negros y blancos mantenían relaciones cordialísimas. No citaré sino un ejemplo: del mayor y más importante almacén de quincallería de la villa, eran propietarios un blanco y un negro que estuvieron asociados hasta la muerte de este último.

A mi llegada supe que, un año antes, habiendo oído hablar algunos negros de lo que se hacía en Hampton, se habían dirigido por medio de sus diputados, á la Legislatura de Estado, pidiéndole una subvención que les permitiera fundar una escuela normal en Tuskegee. Votóse una suma anual de dos mil dollars; pero me dijeron que este dinero estaba exclusivamente destinado á salarios para los maestros y en el ínterin no había un céntimo disponible para la compra del terreno, la construcción del edificio y la instalación de la escuela. Mi tarea no me parecía del todo fácil; era como sacar un pequeño mundo de la nada. Bien es verdad que me compensaba por completo, ver que los negros rebosaban de alegría y estaban constantemente dispuestos á ofrecerme sus servicios para sacar la escuela adelante.

Me fué preciso empezar por buscar un sitio adecuado en que erigir la escuela. Después de haber recorrido la villa en todas direcciones, no pude hallar nada mejor que una cabaña en ruinas adherida á una antigua iglesia metodista para negros; ambas reunidas formaron una sala de clases; pero la iglesia estaba en tan mal

estado como la cabaña, y en ocasiones, cuando daba lección á mis discípulos, uno de los mayores tenía que aguantar un paraguas abierto sobre mi cabeza, para que no me inundara la lluvia. Recuerdo que, más de una vez, mi cocinera se vió obligada á hacer lo mismo durante mis comidas.

En la época de mi llegada á Alabama, los negros se apasionaban principalmente por las cuestiones políticas y querían obligarme á compartir todas sus opiniones. Parecían desconfiar de los extranjeros. Uno de ellos, delegado por los demás, para dirigir mi conducta política, me decía, muy gravemente: «Nosotros queremos que vote usted absolutamente como nosotros. Nosotros no sabemos leer todos los periódicos, pero sabemos votar y es necesario votar como nosotros. Además, añadía, nosotros espiamos á los blancos hasta que sabemos por quién van á votar, entonces votamos en sentido completamente contrario y estamos siempre seguros de haber acertado.»

Debo advertir que esta manía de votar contra el blanco, únicamente porque es blanco, desaparece poco á poco y nuestros negros van aprendiendo á votar con arreglo á sus principios y á elegir á aquel á quien designa el interés de todos.

Yo llegué á Tuskegee en Junio de 1881. Pasé un mes buscando el sitio donde instalar la escuela; luego recorrí la Alabama para conocer á fondo las costumbres del pueblo, principalmente en los campos y por último, me esforcé en hacer propaganda de mi escuela entre las gentes que debían proporcionarme sus alumnos. Viajaba por las carreteras en un carro ó en un coche enano, arrastrado por un mulo. Comía y dormía en las casas de las gentes del pueblo. Visitaba sus haciendas, sus escuelas, sus iglesias y tenía la ventaja de poderles

observar en la realidad de su vida diaria, porque no les avisaba de mis visitas.

En los distritos de las plantaciones, las cabañas no se componían más que de una sala grande donde vivía y dormía toda la familia; á veces se les añadían los parientes y con frecuencia, gentes extrañas que no tenían lazo ninguno de sangre con la familia. Más de una vez tuve que salir afuera para dejar que los demás se desnudaran ó para desnudarme yo mismo. Regularmente me improvisaban una cama en el suelo ó me hacían sitio en una cama ya ocupada. No había posibilidad de pensar en hacer su tocado y sus abluciones en la casa; para ello había que salir al patio, donde, generalmente, se encontraba lo necesario.

En cuanto á la alimentación, se componía de manteca y pan de maíz. Me aconteció quedarme á comer en casas donde no tenían más que pan de maíz y guisantes hervidos. No se les ocurría á aquellas gentes nutrirse con otra cosa que con estos dos alimentos, comprados carísimos en la ciudad, cuando habrían podido regalarse con las mejores legumbres del país, cogidas en el suelo que circundaba sus chozas. Su única afición era plantar algodón y no era raro ver crecer las plantas hasta en las mismas puertas de las viviendas.

En las cabañas de aquellas pobres gentes encontré á veces máquinas de coser, adquiridas gracias á un sistema de plazos mensuales que elevaban su coste á unos sesenta dollars y relojes de lujo cuyo precio era de doce á catorce dollars. Otra vez, en que fui invitado á comer en una de esas casas, vi con la sorpresa que es de presumir, que siendos cinco los comensales, no había sobre la mesa, sino un solo tenedor. Mi extrañeza subió de punto cuando vi en la misma casa un órgano que costaba sesenta dollars, pagaderos á plazos mensua-

les. ¡Un solo tenedor y un órgano de sesenta dollars!

Cosa más curiosa todavía. Las máquinas de coser no servían, los relojes no marcaban la hora y aunque la marcaran, la mayoría de las veces, nadie la hubiera conocido y en cuanto al órgano, permanecía inactivo porque ninguno sabía tocarlo.

Entre estas familias de que vengo hablando, pude observar que únicamente en mi honor se sentaban á la mesa para comer, rompiendo, al hacerlo, con las costumbres habituales. En la mayor parte de aquellas casas, la mujer, al levantarse por la mañana, ponía un trozo de carne en la sartén y un poco de manteca en un cazo. Colocaba estos utensilios sobre el fuego, y, diez minutos después, el almuerzo estaba pronto. El hombre tomaba en la mano un pedazo de pan y otro de carne y se les comía yendo al campo. La mujer se sentaba en un rincón para desayunarse y comía algunas veces en un plato y otras, sirviéndose de la misma sartén ó del cazo; en cuanto á los niños, comían corriendo y jugando fuera de la casa. En ciertas épocas del año, cuando la carne escaseaba, era un lujo de que no se permitía gozar á los niños que no tenían ni la edad, ni las fuerzas suficientes para trabajar en el campo.

Después de almorzar y, por lo general, sin concederle ningún tiempo al cuidado de la casa, toda la familia se trasladaba al campo de algodón. Los chiquillos, apenas tenían fuerza para aguantar una hocecilla, venían obligados á trabajar; y en cuanto al que mamaba—porque generalmente había uno que mamaba—lo tendían en el suelo al final de una hilera de plantas de algodón y de esta manera su madre podía cuidar de él mientras trabajaba. Las comidas del mediodía y de la noche, se hacían, poco más ó menos, como el almuerzo.

Todos los días de la semana transcurrían de este

modo, excepto el sábado y el domingo. El sábado lo pasaba la familia total ó parcialmente en la ciudad. Iban á ella para hacer compras; sin embargo, una sola persona habría podido hacer todas las compras en menos de diez minutos, dados los escasos fondos de que podía echarse mano. Pero la familia prefería trasladarse á la ciudad por entero, permaneciendo en ella todo un día, husmeando por las calles y perdiendo las mujeres el tiempo en fumar ó en tomar rapé. Los domingos, toda la comitiva se trasladaba á algún gran *meeting*.

Por los lugares que entonces recorrí me encontré, con muy raras excepciones, con todas las cosechas hipotecadas y con todos los labradores negros llenos de deudas. El Estado no había podido hacer construir escuelas en el campo, y generalmente la clase se daba en la iglesia ó en cabañas de madera. Más de una vez advertí que estos colegios improvisados, carecían de aparatos de calefacción. En invierno era preciso encender una hoguera en el patio y alternativamente, maestros y discípulos se trasladaban de dentro á fuera y de fuera á dentro, según tenían frío ó calor. Los maestros, con muy pocas excepciones, estaban lamentablemente preparados para la profesión que pretendían ejercer y carecían de valor moral. Las clases no duraban más de tres ó cinco meses al año. Hablando con propiedad, carecían aquellos colegios de material de enseñanza, (salvo una grosera pizarra negra). Me aconteció, algunas veces, ver cinco discípulos inclinados sobre el mismo libro para estudiar la lección. Dos de ellos estaban sentados y aguantaban el libro; los otros dos leían por encima de los hombros de sus compañeros y finalmente, el quinto, pequeñuelo y revoltoso, trataba de ver algo por encima de los hombros de los otros cuatro.

Lo que he dicho de las escuelas y de los maestros puede aplicarse á las iglesias y á sus ministros.

Debo añadir que tropecé, en mis viajes, con algunos tipos interesantes. La siguiente anécdota, dará idea de la mentalidad de los pobres campesinos, en aquella época. Pedíle á un negro sexagenario, que me contara su vida. Me contestó que había nacido en la Virginia y que le habían vendido por los años de 1845 en la Alabama. Cuando le pregunté cuántos fueron los vendidos al mismo tiempo que él me respondió: «Cinco, señor; yo, mi hermano y tres mulas.»

Al dar cuenta de lo que vi durante mis viajes por los alrededores de Tuskegee, no pretendo hacer creer á mis lectores que únicamente descubrí miserias. Si he insistido sobre las deplorables condiciones en que encontré á la población de Tuskegee, por aquel tiempo, es para hacer resaltar más claramente los cambios que después se han operado, no sólo por la acción de la escuela normal de Tuskegee, sino también gracias á otras instituciones.

☞ CAPÍTULO VII. — DOY MI CLASE EN UNA CUADRA Y EN UN GALLINERO. ✕✕✕✕✕

Debo confesar que los resultados de un mes de investigaciones y de viajes, me llenaron de profundo desaliento. La regeneración de aquel país me parecía una empresa superior á mis fuerzas. Estaba completamente solo y me decía que lo poco que pudiera hacer resultaría insignificante, al lado de lo que debía hacerse. Llegué á preguntarme si mis esfuerzos producirían algún resultado sensible y si valía la pena de intentarlo.

Yo estaba profundamente convencido, (y mi convencimiento aumentó viendo el estado intelectual y moral de mi pueblo), de que, únicamente con los estudios, no se lograría nada. Más que nunca comprendí la sabia prudencia del sistema inaugurado en Hampton por el general Armstrong. Vi perfectamente que tomar á aquellos niños y encerrarlos en la clase para hacerles repetir una lección, era perder el tiempo.

Después de haberme entendido con los ciudadanos de Tuskegee, fijé el día 4 de Julio de 1881 para la apertura de la escuela en la cabaña y en la iglesia que se habían adquirido al efecto. Blancos y negros tenían interés por la fundación de aquella nueva escuela y esperaban con impaciencia, el día de su apertura. Por

los alrededores de Tuskegee no escaseaban los blancos que miraban con malos ojos este proyecto, porque dudaban de que pudiera ser útil á los negros y temían sobre todo, que reprodujera una escisión entre ambas razas. Otros parecían temer que el negro perdiera todas las cualidades que le hacían tan valioso, desde el punto de vista económico, al adquirir conocimientos; creían que los negros habrían de desertar de las haciendas y veían bastante difícil procurarse otros sirvientes.

Estos blancos, que se oponían á la fundación de la nueva escuela, se imaginaban al negro instruído como un hombre con sombrero de copa, monóculo montado en oro, bastón elegante, guantes de piel, botas de charol y ¿qué sé yo? en una palabra; como un hombre que no querría vivir más que de su trabajo intelectual. No les cabía en la cabeza ninguna otra representación del negro instruído.

En todas mis dificultades para formar la escuela y durante los diez y nueve años subsiguientes, encontré apoyo constante y recto consejo en dos hombres, que son mis mejores amigos en Tuskegee. A estos dos hombres, cuyo concurso nunca he solicitado en balde, cábeles la mayor parte del éxito que hemos logrado. Uno, el señor Jorge W. Campbell, es blanco y en los tiempos de la esclavitud fué propietario de negros. Otro, el señor Lewis Adams es negro y ha sido esclavo. Ellos fueron los que escribieron al general Armstrong pidiéndole un director para su escuela.

El señor Campbell, negociante y banquero, había permanecido hasta entonces, ajeno á las cuestiones de enseñanza. El señor Adams, es obrero y había sido sucesivamente, en los tiempos de la esclavitud, zapatero, guarnicionero y hojalatero. No había asistido á la escuela en toda su vida, pero había logrado aprender á

leer y á escribir. Ambos comprendieron en seguida mi plan de educación, compartieron mis esperanzas y me ayudaron en mis ensayos. Nunca, en los días difíciles, hice llamamiento á la generosidad del señor Campdell, sin recibir inmediatamente ayuda eficaz. No creo que exista nadie de quien yo hubiera seguido los consejos y aceptado la dirección para lo referente á la escuela de Tuskegee, más voluntariamente que de estos dos hombres, el uno antiguo propietario de esclavos y el otro antiguo esclavo.

Siempre he creído que la extraordinaria fuerza de carácter del señor Adams, nacía de haber podido aprender tres oficios, en los tiempos de la esclavitud. Aun hoy día, si alguien que va á una ciudad en los Estados del Sud, pregunta por el negro más notable del lugar, podrá comprobar que le señalan siempre un negro que aprendió un oficio mientras era esclavo.

El día de la apertura de la escuela se hicieron inscribir unos treinta alumnos. Los dos sexos estaban representados por igual. La mayor parte procedían del distrito de Macon del que era cabeza Tuskegee. Se habían presentado muchos más alumnos, pero el acuerdo era no admitir sino á los que pasaban de quince años y habían hecho de antemano algún estudio. Entre los que admitimos los había, por consiguiente, que ya habían estudiado en las escuelas municipales y contaban cerca de cuarenta años.

Algunos maestros se inscribieron en la escuela al mismo tiempo que algunos de sus discípulos y, cosa chocante, después de sufrir el examen de ingreso, hubo discípulos que pasaron á una clase superior á la de sus maestros. Muchos de ellos se vanagloriaban de haber estudiado enormes libros de títulos rimbombantes; cuanto más voluminoso era el libro y más largo el título,

más orgullosos parecían de su ciencia. Unos habían estudiado el latín, dos ó tres el griego y creían que este estudio los realzaba singularmente á nuestros ojos.

La verdad es que, durante el viaje de que antes os he hablado, uno de los más desdichados espectáculos que se ofreció á mi vista, fué el de un joven que estaba sentado en el único cuarto de una cabaña de madera, muy ocupado en estudiar una gramática francesa, mientras que sus vestidos olían á grasa, todo cuanto le rodeaba se caía de suciedad y su huerto estaba lleno de mala hierba.

Nuestros primeros alumnos gustaban de aprenderse de memoria reglas muy complicadas de gramática y de matemáticas; pero ignoraban totalmente el arte de aplicar las nociones adquiridas á las necesidades de la vida real. Ponían gusto en convencerme de que eran muy fuertes en aritmética y en contabilidad comercial; pero muy pronto pude advertir que ni ellos ni sus vecinos, habían tenido nunca cuentas con banco alguno. Al inscribir los nombres de los estudiantes, vi que todos, sin excepción, intercalaban una inicial entre su nombre y el nombre familiar. Pregunté la significación de esta inicial, por ejemplo J. en el nombre Jhon J. Johns, y me respondieron que formaba parte del título de la persona.

La mayoría de estos estudiantes deseaba adquirir conocimientos á fin de mejorar pronto de posición, dedicándose á la enseñanza. Pero, aparte de estos detalles, puedo afirmar que no he conocido alumnos ni alumnas tan llenos de buena voluntad. Siempre estaban dispuestos á hacer lo que se les aconsejara como bueno. Yo deseaba darles, ante todo, una instrucción sólida, pero sencilla. Bien pronto pude comprobar que desconocían en absoluto las ciencias elevadas que me

decían haber estudiado. Igualmente observé que las muchachas que no vacilaban para señalar en la esfera la situación geográfica del Sahara ó de la capital de la China, no tenían ni la idea más remota del sitio que debían ocupar en una mesa los cuchillos, los tenedores, el pan ó la carne.

No era cosa fácil hacer comprender á un alumno que sabía extraer la raíz cúbica y que conocía la contabilidad, que debía haber empezado por estudiar la tabla de multiplicar.

El número de los alumnos aumentó cada semana de tal modo, que al terminarse el primer mes, éramos cincuenta. Casi todos llegaban con la pretensión de no consagrar más que dos ó tres meses á sus estudios; querían ingresar en una de las clases superiores, con objeto de haberlos acabado al terminarse el curso.

Ya habían transcurrido las seis primeras semanas, desde la apertura, cuando me llegó una nueva colega, mujer de rara inteligencia, miss Olivia A. Davidson, que más tarde debía ser mi esposa. Miss Davidson había nacido en Ohío y había hecho sus estudios en una escuela municipal de aquel Estado. Muy joven todavía, oyó decir que faltaban maestras en el Sud. Dirigióse, pues, al Estado del Missisipí, para comenzar allí su enseñanza. Más tarde, ejerció su profesión en Memphis. En el Missisipí, una de sus discípulas enfermó de viruelas. El pánico fué tal que en el lugar nadie quiso encargarse de la enfermita. Miss Davidson cerró entonces su escuela y se instaló á la cabecera de su discípula, noche y día, hasta su completa curación. Poco tiempo después, recién instalada en su casa, para pasar las vacaciones, asoló á Memphis la fiebre amarilla; fué la epidemia más terrible de que se guarda memoria en el Sud. En cuanto ella lo supo, telegrafió al alcalde de

Memphis para ofrecerle sus servicios como enfermera, aunque nunca había tenido aquella enfermedad y se exponía al contagio.

Opinaba, como yo, que una educación puramente libresca no era suficiente para una escuela de negros. Había oído hablar del sistema de educación de Hampton, y, fué á prepararse para ponerse en condiciones de hacer obra verdaderamente útil en el Sud. Su clara inteligencia le valió la protección de la señora doña María Hemenway, de Boston, á cuya generosa amabilidad debió el completar sus estudios durante dos años, en la escuela normal de Framingham (Massachusetts), después de haber recibido sus diplomas en Hampton. En el momento de salir para Framingham, alguien insinuó á miss Davidson que, teniendo la piel tan blanca, podría hacerse pasar por blanca en la nueva escuela, lo que sería para ella una ventaja enorme. Sin vacilar respondió que, bajo ningún pretexto, quería engañar á nadie sobre su identidad.

Poco después de su permanencia en Framingham, miss Davidson llegó á Tuskegee, adonde trajo nuevas ideas sobre los métodos de enseñanza que unidas á su naturaleza escogida y á su desinterés sin igual, nos prestaron grandes servicios.

Nadie ha contribuído más que Olivia A. Davidson á echar los cimientos del instituto de Tuskegee y á preparar su éxito.

Desde los comienzos, nos pusimos de acuerdo sobre los métodos que debíamos adoptar para la escuela. Los alumnos hacían grandes progresos en el estudio de los libros y en su desenvolvimiento intelectual; pero á nosotros nos parecía evidente que, para dejar en ellos una impresión duradera, debíamos darles algo más que simples conocimientos científicos. Los medios de que pro-

venían aquellos alumnos no eran á propósito para que les iniciáramos en los cuidados que debían dar á su cuerpo. Con escasas excepciones, las casas donde vivían alojados, no eran mucho más confortables que las que dejaban en sus distritos. Nuestro deseo habría sido enseñarles á bañarse, á cuidar sus dientes y sus vestidos, á tener y mantener limpios sus cuartos. Queríamos que supiesen comer y lo que debían comer. Igualmente que ríamos que aprendieran un oficio y que, con su trabajo, su habilidad y su espíritu de economía, pudieran bastarse á sí mismos, cuando salieran de nuestra escuela. Deseábamos que su atención se fijara en las cosas de la vida práctica y no únicamente en los libros.

Nuestros discípulos procedían, en su mayor parte, de sitios donde la agricultura era el principal recurso de los habitantes. En los Estados del golfo de Méjico se ha podido observar que un ochenta y cinco por ciento de negros vivían del cultivo de la tierra. Siendo así las cosas, nosotros no queríamos que en nuestros discípulos se atenuara el gusto por los trabajos de los campos y que sus deseos les llevasen á la ciudad para vivir en ella de su cerebro. Claro que nuestra voluntad era darles una instrucción que los preparara, en su mayor parte, para la enseñanza; pero, al mismo tiempo, deseábamos volverles á enviar á las plantaciones, para inculcar á los negros una nueva energía y nuevas ideas sobre el cultivo de los campos, así como las nociones morales, religiosas é intelectuales que desconocían.

Todas estas cosas y todas estas necesidades, nos preocuparon hasta el punto de obligarnos á tomar nuevos acuerdos ¿qué hacer? No teníamos más sitio que la vieja cabaña y la iglesia abandonada, que los negros de la ciudad nos habían cedido generosamente. El número de alumnos crecía á diario y, cuanto más les veíamos

y cuanto más recorríamos los campos, más nos convencíamos de que nuestros esfuerzos eran todavía insuficientes para poner remedio á las verdaderas necesidades del pueblo cuya regeneración esperábamos de nuestros discípulos, preparándoles á ser sus jefes. Hablando con los alumnos que nos llegaban de diferentes puntos del Estado, nos convencíamos de que la mayoría, no tenía otra ambición que instruirse para poder prescindir del trabajo de sus manos.

Pensaban en esto como cierto negro de la Alabama que, en un caluroso mediodía del mes de junio, cuando trabajaba en su campo de algodonereros, detúvose bruscamente y levantó los brazos al cielo, diciendo: «¡ Señor Dios! mi campo está lleno de hierbas, el trabajo es penoso y el sol quema tanto que creo que este pobre negro está llamado á predicar el Evangelio.»

Unos tres meses después de la apertura de la escuela y cuando nuestra obra empezaba á llenarnos de inquietud, se puso en venta una vieja hacienda abandonada, á un kilómetro de la ciudad. La casa—ó la «Casa grande,» como debieron llamarla—que ocupaban los propietarios en tiempos de la esclavitud, había sido destruída por un incendio. Después de examinar el terreno, comprendí que su emplazamiento convendría perfectamente á nuestra empresa y garantizaría su eficacia y su permanencia. Pero ¿cómo adquirirlo? El precio de quinientos dollars, no era ciertamente muy subido; pero nosotros no teníamos dinero y además, como extranjeros, carecíamos de crédito en la ciudad. El propietario consentía en cedernos el terreno á razón de doscientos cincuenta dollars pagaderos al contado y el resto en el plazo de un año. No era mucho por la adquisición de un terreno; pero era demasiado para los que no tenían absolutamente nada.

En mi perplejidad, me armé de todo mi valor y escribí á mi amigo el general J. F. B. Marshall, tesorero del instituto de Hampton; en mi carta, le exponía la situación y le suplicaba que me prestara doscientos dollars á expensa y riesgo míos. Algunos días después, recibí respuesta suya, manifestándome que no tenía atribuciones para hacer préstamos con el dinero perteneciente á la caja del instituto de Hampton; pero que, gustosamente, me adelantaría, de su bolsillo particular, la cantidad pedida.

Confieso que no esperaba procurarme el dinero de este modo y que, á la vez, me sentí lleno de sorpresa y de alegría. Hasta entonces no había poseído más de cien dollars á la vez, de modo que la suma pedida al general Marshall me parecía una cantidad inmensa y la responsabilidad de tener que devolver tanto dinero, pesaba sobre mí como una carga enorme.

Me apresuré á hacer el traslado de la escuela á nuestra nueva propiedad.

En el momento en que tomamos posesión de ella, comprendía, como únicos edificios, una cabaña que había servido de comedor, una cocina, una cuadra y un viejo gallinero. Pocas semanas nos bastaron para hacer habitables estas construcciones. La cuadra fué restaurada y utilizada como salón de clases; al cabo de algún tiempo tuvimos que pensar también en la restauración del gallinero.

Era vecino nuestro un negro anciano, al que algunas veces llamaba para pedirle ayuda en mis trabajos. Recuerdo que el día en que le dije que la escuela crecía en extensión, que íbamos á necesitar del gallinero y que le agradecería que, al día siguiente me ayudara á limpiarlo, me preguntó, en un tono lleno de cómica gra-

vedad: «¿Cómo, maestro? ¿va usted á limpiar el gallinero en pleno día?»

Casi todo el acondicionamiento de los nuevos locales fué ejecutado por los alumnos, terminadas las clases de la tarde. En cuanto nuestros edificios parecieron habitables, resolví preparar cierto terreno para hacer de él campos de trigo. Noté que mi proyecto no era grato á los alumnos. No acertaban á comprender la relación que podía existir entre el cultivo del trigo y los estudios. Muchos de ellos habían sido maestros y se preguntaban si el trabajo de la tierra era compatible con su dignidad de pedagogos. Para desvanecer sus dudas cada día, después de la clase, tomaba yo mi azada y rompía la marcha hacia el bosque. Viendo que yo no tenía miedo ni vergüenza de trabajar, ellos se pusieron á la faena con más entusiasmo. Y todos continuamos nuestro trabajo hasta que hubimos roturado una veintena de mojudas y sembrado un campo de trigo.

Mientras tanto miss Davidson hacía toda suerte de combinaciones para que pudiéramos pagar nuestro préstamo. Ante todo se propuso inaugurar grandes fiestas ó «cenas de pago» (1). Fué, en persona, á llamar á la puerta de los blancos y de los negros de la ciudad de Tuskegee y se hizo dar por los unos una tortada, por los otros un pollo, por éste pan y por aquél tartinas, todo destinado á venderse en la velada. Era una satisfacción para los negros dar cuanto tenían; pero me apresuro á hacer constar que miss Davidson no se dirigió á una sola familia de blancos sin recibir una dádiva para la fiesta, aparte de otras muchas muestras de interés que prodigaron á la escuela en diferentes ocasiones.

(1) Estas cenas, seguidas de concierto, son procedimiento habitual para reunir dinero en las iglesias americanas. —(N. del T.)

Así dimos muchas veladas que produjeron una fuerte suma. Igualmente abrimos una suscripción en dinero, á la que contribuyeron blancos y negros. Era conmovedor considerar los donativos de los negros ancianos que habían pasado su vida en la esclavitud. Unos daban cinco céntimos y otros veinticinco. Con frecuencia la dádiva consistía en una manta, ó en cierta cantidad de caña de azúcar. A este propósito, me acuerdo especialmente de una negra anciana que vino á verme. Entró en mi cuarto, andando trabajosamente y apoyándose en un bastón; iba vestida de harapos, pero sus harapos estaban limpios: «Señor Washington — me dijo — Dios sabe que he pasado los mejores días de mi vida en la esclavitud. Dios lo sabe que soy tan ignorante como pobre; pero, añadió, no dejo de comprender lo que usted y miss Davidson quieren hacer. Comprendo que quieren hacer, para la raza negra, hombres mejores y mujeres más perfectas. Yo no tengo dinero; pero aquí le traigo seis huevos que he separado para usted y que desearía consagrarse á la educación de estos jóvenes y de estas muchachas.»

Desde la fundación de la escuela de Tuskegee, he tenido la fortuna de recibir muchos donativos; ninguno me ha conmovido tanto como este.